

❧ Viajeras extranjeras en

# Castilla la Vieja y León Siglo XIX

Prólogo de Eva Díaz Pérez

BIBLIOTECA REGIONAL

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA

Sin título, de Josep Casamartina i Parassols para Región Editorial<sup>©</sup>

2008, octubre PRIMERA EDICIÓN

TÍTULOS DE CRÉDITO FOTOGRÁFICOS

© BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA (Pp. 5, 101, 102, 111, 116, 127, 138, 152, 187, 198, 206, 223, 297 inf., 302, 311, 336), BIBLIOTHÈQUE NATIONALE DE FRANCE (Pp. 43 y 293), COLECCIÓN ERNESTO MATEOS, LEÓN (Pág. 282), COLECCIONES PARTICULARES (Pp. 57, 58, 161, 232, 233, 258, 296, 308 y 340), IPHE (INSTITUTO DEL PATRIMONIO HISTÓRICO ESPAÑOL), MINISTERIO DE CULTURA, ARCHIVO RUIZ VERNACCI (Pp. 317 y 321) Y ARCHIVO CABRÉ (Pág. 335), MINISTERIO DE FOMENTO (Pp. 14 y 16), NATIONAL PORTRAIT GALLERY, LONDRES (Pág. 183), MR. PHILIPPE CARRETTE, PARÍS (Pág. 297 sup.), ROYAL ACADEMIE DE LA LANGUE Y LA LITTÉRATURE FRANÇAISES DE BELGIQUE, BRUSELAS (Pág. 281) Y REGIÓN EDITORIAL.

PLANIMETRÍA: Mapas generales. Archivo del Ministerio de Fomento.

INFOGRAFÍA: Javier Belloso para Región Editorial<sup>©</sup>

DOCUMENTACIÓN: José Luis Sánchez García

© PRÓLOGO: Eva Díaz Pérez, 2008

TRADUCCIÓN de los relatos respectivos

© María Luisa Burguera Nadal, 2008

© Isabel Cuenca Boy, 2008

© Carmen Fernández Ruiz, 2008

© Eva Gallud Jurado, 2008

© José Luis Sánchez García, 2008

© Miguel de Viguri Cantero, 2008

© Clara Viù Serna, 2008

CORRECCIÓN DE PRUEBAS

Patricia Villamor García

© De esta edición, REGIÓN EDITORIAL S.L.

[www.regioneditorial.es](http://www.regioneditorial.es)

Apartado de correos 431 Palencia 34080 Fax 979 106 041

ISBN: 978-84-935176-5-6

Depósito legal: AS-5.001/2008

Imprime Gráficas Eujoa (Asturias)

Reservados todos los derechos. La reproducción total o parcial de este libro, texto e ilustraciones, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio o procedimiento presente o futuro, no está permitida sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a

CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

Impreso en España.

## Índice

Prólogo de Eva Díaz Pérez **VII**

Nota de edición **XV**

I. Diarios [1804] **Lady Elizabeth Holland 3**

II. *Recuerdos de una embajada* [1808-1811] **Duquesa de Abrantès 13**

III. *Cartas* [1829] **Caroline Elizabeth Wilde Cushing 53**

IV. *Paseos* [1849] **Joséphine de Brinckmann 63**

V. *Castilla* [1853] **Lady Louisa Tenison 97**

VI. *Recuerdos de un viaje* [1853] **Madame Vervel 145**

VII. *Cartas* [1854] **Ellen Twisleton 147**

VIII. *Paseo por Castilla* [1865] **Condesa de Gasparin 151**

IX. *Impresiones* [1866] **Lady Elizabeth Herbert 181**

X. *De paso por Castilla* [1868] **Matilda Betham-Edwards 201**

XI. *Capitales castellanas* [1869] **Marguerite Tollemache 209**

XII. *Apuntes de viaje a Castilla* [1870] **Isabel Pesado de Mier 221**

XIII. *Un verano en Castilla* [1872] **Claudia Hamilton Ramsay 241**

XIV. *Castilla en abril* [1873] **Bettina Ringseis 271**

XV. *Fragmentos* [1877] **Condesa de Roberst 279**

XVI. *Impresiones de una viajera solitaria* [1877] **Marquesa d'Auxais Léziart 287**

XVII. *Unos días en Castilla* [1880] **Claude Vignon 291**

XVIII. *Notas* [1881] **Marie Bashkirtseff 295**

XIX. *Diario de una mujer ociosa* [1884] **Frances Elliot 299**

XX. *Viaje a través de España* [1892] **Margaret Thomas 325**

XXI. *Apuntes ciclistas* [1895] **Fanny Bullock & William Workman 331**

XXII. *Impresiones* [1899] **Marie Star 345**

---

---

## *Una galería de damas intrépidas* • Prólogo de Eva Díaz Pérez

Recorrían paisajes inhóspitos en incómodas diligencias, se emocionaban con las leyendas de héroes medievales, sufrían con las historias de bandidos que asaltaban en los desfiladeros, soñaban en lechos incómodos de posadas y fondas perdidas en el tiempo, tomaban apuntes de ese paisaje de la España histórica, cargaban con aparatosos equipajes, llegaban a Castilla con la ilusión de encontrar la tierra sobre la que tanto habían leído y ver con sus propios ojos los lugares olvidados de un país singular. Hacían, en fin, lo mismo que cientos y cientos de viajeros: vivir su historia española. Sólo que sus crónicas apenas trascendieron porque eran mujeres. Pero ¿era diferente la imagen de España que dieron estas viajeras extranjeras por la Castilla la Vieja del siglo XIX?

Después de repasar los diarios, los cuadernos de viaje, las cartas, las memorias, los apuntes íntimos, los paseos e impresiones de estas viajeras queda la sensación de haber recorrido el siglo XIX español a través de una mirada especial, una mirada especialmente curiosa, que se detiene en detalles de costumbres, en la disposición doméstica, en las ropas. Y todo eso sin olvidar las notas eruditas sobre los lugares que recorren. Las mujeres reunidas en este libro son pintoras —como *lady* Tenison o Margaret Thomas que descubre los colores de la paleta de Velázquez en el paisaje—, hacen fotografías como Marie Star, son escritoras —el *Paseo por Castilla* de la condesa de Gasparin es de una excepcional calidad literaria—, son aficionadas a la historia y al arte. Son, en resumen, mujeres con una formación exquisita, ya que casi todas pertenecen a la aristocracia o a familias acaudaladas con una cuidada educación. Sus descripciones son semejantes a las que tantas veces hemos leído en los cuadernos de cientos de viajeros, pero habría que añadir que ellas aportan una nota especialmente característica dentro del *tour* romántico: el detalle cotidiano sobre los personajes que habitan ese escenario exótico y algo primitivo que se llama España y que tantos viajeros intentaron atrapar en sus cartapacios.

Los textos incluidos en *Viajeras extranjeras en Castilla y León (siglo XIX)* se inscribe dentro de la moda del viaje romántico en el que España se convierte en un género propio de la llamada literatura de viajes. El siglo XIX es el siglo del redescubrimiento de España, porque realmente había sido un territorio apartado de los itinera-

rios convencionales de los viajeros, como el célebre *Grand Tour* británico en el que los jóvenes de buena familia terminaban sus estudios académicos con un recorrido por la vieja Europa, sobre todo por Italia, como parte de su formación cultural.

Hay que tener en cuenta que a comienzos del siglo XVIII España apenas importaba a los viajeros ilustrados. El interés de las expediciones de este siglo residía en recorrer los lugares donde se podía disfrutar con los descubrimientos científicos y los avances técnicos. Por el contrario, España era considerado como un país fanático e ignorante, un lugar en decadencia sobre el que aún pesaba demasiado la leyenda negra de la Inquisición. ¿A quién podía interesarle viajar a esa remota parte de Europa?

Sin embargo, a finales del siglo XVIII algo cambia. Lo comprobamos con la aparición de España en guías tan célebres como la de Reichard, *Guide des voyageurs en Europe*, o en el interés que tienen algunos viajeros ilustrados españoles como Antonio Ponz, *Viaje fuera de España* (1785), por desterrar esa imagen fanática del país. A comienzos del siglo XIX, la resistencia de los españoles en la guerra de la Independencia fascinará a los espíritus románticos que encuentran por fin el escenario perfecto de los últimos héroes. Ya no interesa el viaje de observación científica sino gozar con lo inesperado, con la sentimentalidad de personajes pintorescos y con un lugar exótico dentro de la misma Europa. Un lugar en el que además era posible encontrar desde las huellas del pasado medieval cristiano hasta un ambiente sensualmente orientalizante.

España se llena de viajeros que hacen su *tour* romántico y, entre ellos, algunas mujeres que acompañan a sus maridos, como *lady* Holland —esposa del prócer inglés que tanto influyó en liberales españoles como Blanco White— o la duquesa de Abrantès, esposa del embajador y militar napoleónico, que hace una lectura muy particular e interesante de los españoles. Algunas de estas mujeres no dudan en viajar solas —la marquesa D'Auxais Léziart de Lavillorée que titula su libro *Impresiones de una viajera solitaria*—, con amigas o con damas de compañía e incluso alguna como Frances Elliot escribe el curioso *Diario de una mujer ociosa*. Toda una declaración de intenciones.

Pero además *Viajeras extranjeras en Castilla la Vieja y León (siglo XIX)* se convierte en un libro singular porque atiende a un territorio que gozó de menos fama dentro de las apetencias de los forasteros fascinados que recorren España. Frente al más transitado Sur desde el que se estaba forjando esa singular imagen española como escenario exótico y orientalizante, muchas de estas viajeras encuentran en Castilla La Vieja el alma verdadera de España. Esta Castilla de paisajes y monumentos abandonados conectaba, por otro lado, con el espíritu romántico de gusto por lo gótico y las ruinas. Era un territorio singular por el contraste entre el fastuoso pasado, los nombres

históricos y legendarios, los fascinantes y grandiosos monumentos y el trágico presente de olvido y ruina. Estas viajeras encuentran un lugar en el que la Historia parece haberse retirado de sus aposentos, un espacio sugestivamente decadente. La pintora Margaret Thomas desvela cómo viajar a esta parte de España era trasladarse en el tiempo “cien años o más” y asegura que Castilla es “un paraíso para un artista”. Asimismo, la entusiasta condesa de Gasparin encuentra el alma española en estas poblaciones del norte, porque “de aquí surgían las resistencias a todas las invasiones”.

Sin embargo, es cierto que otras se topan con el desencanto y, en realidad, el viaje por Castilla no es más que un itinerario de tránsito antes de llegar a la verdadera meta: el Sur. Es el caso de Marie Bashkirtseff que escribe sus apuntes de viaje desde el Hotel de París ya en Sevilla y refiriéndose a las experiencias castellanas afirma: “¿Cómo se nos ocurriría venir aquí?”.

Del mismo modo, Frances Elliot considera que el Norte “aún es salvaje; salvaje porque es ignorante y pobre” y añade: “¿Quién en su sano juicio pensaría en pasar un mes en Burgos o León?”. Sin embargo, estas viajeras estaban indagando en un territorio que se revelaría como un inesperado descubrimiento ya a finales del siglo XIX. Cuando los paraísos del Sur estén agotados por culpa de tanto viajero romántico —esos sobre los que ironizaba Mesonero Romanos—, hipertrofiados por la consolidación del tópico, todos mirarán hacia otra España, centrada en Castilla la Vieja, que incluso los escritores españoles de la generación del Noventa y ocho evocarían como único territorio donde residía la esencia española. El espíritu del país había que encontrarlo en los paisajes castellanos después de tanto retorcer el cuello al cisne meridional, a esa España del Mediodía con soles, palacios moriscos y tópicos y clichés de “charanga y pandereta”.

Así esta segunda reinención de la llamada materia del viaje español, después del siglo romántico, comienza ya en las descripciones de estas viajeras del XIX. En sus crónicas está el eco que fascinaba a los viajeros como la historia de El Cid “bello ideal de los caballeros castellanos”, evocada una y otra vez en estos recorridos donde todas denuncian el olvido y la dispersión de sus restos. Otros personajes castellanos aparecen recreados con predilección como santa Teresa —cuya vida detalla especialmente *lady* Elisabeth Herbert en sus *Impresiones*— o los reyes Felipe II, Carlos V o Isabel la Católica, cuyas huellas aún se reconocen en los edificios castellanos.

La Castilla que recorren estas atrevidas damas es una España de peligrosos caminos que atraviesan en diligencias, en omnibuses, en trenes o incluso en bicicleta. Es el caso de la norteamericana Fanny Bullock, que hacía excursiones por el continente con su marido, y cuyo recorrido por España se anunció en los periódicos.

Así, a lo largo de estos fragmentos de viajes asistimos a la evolución de la España del siglo XIX. Comenzamos con un país que se atraviesa dificultosamente en diligencia —cuando la hay— para continuar en ferrocarril con paisajes narrados desde un compartimento de literas reservado a las damas como hace Mathilda Betham-Edwards en 1868. Tampoco falta quien critica la incomodidad del nuevo medio de transporte, una “máquina infame, estrecha, sucia y chirriante”, según la condesa Juliette de Robersart.

Casi todas estas hispanófilas son anglosajonas, sobre todo inglesas —*lady* Holland, *lady* Tenison, Mathilda Betham-Edwards, *lady* Elisabeth Herbert, Marguerite Tollemache, Claudia Hamilton Ramsay, Frances Elliot, Margaret Thomas— y norteamericanas —Caroline Elizabeth Wilde Cushing, Ellen Twisleton Vaughan y Fanny Bullock—, y en menor proporción viajeras francesas —duquesa de Abrantès, Joséphine de Brinckmann, la marquesa D’Auxais Léziart de Lavillorée o Claude Vignon—. El resto proceden de Suiza como Valerie Boissier, condesa de Gasparin; de Alemania, tal es el caso de Bettina Ringseis; la belga condesa Juliette de Robersart; la rusa Marie Bashkirtseff; la mexicana Isabel Pesado de Mier —única hispanohablante de esta galería de viajeras—, o Marie Star, nacida en la italiana ciudad de Trieste, por entonces aún perteneciente al imperio austrohúngaro.

La mayoría de los fragmentos seleccionados en esta edición son inéditos en España, ya que nunca se habían traducido al castellano. Por eso, es una sugerente sorpresa leer las impresiones de estas mujeres que describen la convulsa España del XIX. Comenzamos con la España de Carlos IV que retrata *lady* Holland en su viaje de 1804 y seguimos con la España napoleónica que describe la duquesa de Abrantès por su privilegiada estancia de 1808 a 1811 con un tono paternalista y argumentando las razones de la invasión francesa.

Con ellas asistimos al paisaje de batallas que dejaron las guerras carlistas según cuenta *lady* Louise Tenison al describir la desolada Peñaranda de Duero y detalles como que en la casa en que se alojaba durmió el pretendiente don Carlos cuando era perseguido por Espartero en 1836. En este sentido, es estremecedor el relato de Claudia Hamilton Ramsay cuando en 1872 atraviesan las líneas carlistas y se acercan a “la temida estación de Zumárraga” con un andén “atestado de sucios soldados” de las tropas reales. O la marquesa D’Auxais Léziart de Lavillorée que en 1877 describe las ruinas que había dejado la última guerra carlista.

Son especialmente reveladores los pasajes dedicados a la España de las revoluciones. La conservadora viajera Joséphine de Brinckmann, que viaja en 1849 huyendo de la revolución de 1848 en París, narra al llegar al palacio real de La Granja de San Ildefonso que fue en ese palacio “donde se acordó en España, después de la revolución de 1836, una de las barbaridades modernas, conocida con el nombre de Constitución de 1812”. Mientras que Mathilda Betham-Edwards afirma que la consideraban una valiente por adentrarse



en España en 1868 cuando “todo el mundo había vaticinado una revolución en Madrid”, refiriéndose a los sucesos de la Gloriosa.

Desde luego, España era tomada como un territorio peligroso, atrasado y agreste. Así lo demuestran estas viajeras cuando atraviesan, por ejemplo, el Paso del Pancorbo, y cuando hablan de las leyendas sobre “espantosos albergues y bandidos”, tal y como apunta la francesa Joséphine de Brinckmann.

Sin embargo, los peligros de la ‘aventura española’ se centran para estas viajeras en sus curiosas anécdotas en las fondas, ventas, hoteles y posadas. Por ejemplo, la norteamericana Ellen Twisleton Vaughan se queja constantemente de las posadas y las posaderas “sucias y despeinadas”. Claro que adivinamos su naturaleza un tanto remilgada y exquisita cuando descubrimos que al final del viaje ya en París respira ya tranquila al alojarse en el selecto Meurice’s de la *rue de Rivoli* después de haber recorrido posadas como una en Segovia “de estilo tosco, fría y sucia”. Otras, sin embargo, se acostumbran bien a las incomodidades y la mayoría se refugia en el humor —elemento que no falta en estas divertidas crónicas— como ocurre cuando Claudia Hamilton Ramsay descubre al despertar que el suelo de su posada en Burgos, “esta ciudad caballeresca”, “estaba negro, cubierto de escarabajos”. Y en cuanto a Frances Elliot no duda en dar consejos a los viajeros —su crónica tiene la intención de una guía de viajes— y recomienda no alojarse en la Fonda del Norte en Burgos, así como en la Fonda del Siglo en Valladolid, aunque aconseja La Burgalesa —“anótelo bien”, apunta— en Salamanca.

Otros pasajes hilarantes son los dedicados a la temida gastronomía española. Apunta Caroline Elizabeth Wilde Cushing que se utiliza “un aceite excesivamente viejo y rancio”, mientras que Mathilda Betham-Edwards elogia el vino, “aunque su invariable sabor a alquitrán no resulta muy agradable para los paladares no acostumbrados”. Por su parte, Joséphine de Brinckmann, una de las que usa con más acierto la ironía y el sentido del humor, dedica un pasaje a los asados: “¡Qué pollos más secos, más delgados que un inglés muerto de amor! Es necesario utilizar toda la fuerza de la mandíbula para vencerlos”. A pesar de que después termina rendida ante el potaje y el puchero, “llaman así al *pot-au-feu*”.

Siguiendo la corriente de su época, muchas de estas mujeres se detienen en la descripción de costumbres siendo una de las cosas que les sorprende un “frío de perros” en el país del sol, así como la escasa utilidad del idolatrado brase-ro nacional frente a la chimenea europea. También narran con detalle la vestimenta y los tipos destacando que el castellano “es un tipo orgulloso, valiente, silencioso, educado pero seco”, según la duquesa de Abrantès quien añade que el carácter de los castellanos es el que hay que buscar en el alma de los personajes que Calderón y Lope llevaron a escena. Naturalmente, hay juicios y prejuicios para todos los gustos. Así parece por el comentario de la siempre entusiasta condesa de Gasparin, que encuentra en el castellano el carácter español, frente a Marie Star que considera a

los hombres “menos guapos [que en el Sur], menos simpáticos y menos inteligentes”. Y añade que es de todo punto “una raza completamente diferente”.

Otro de los episodios abordados en estas impresiones de viajes por Castilla es la sombra de la Inquisición, historia que recuerdan siempre a su paso por Valladolid al recorrer la plaza Mayor o los subterráneos, que, por ejemplo, visita la duquesa de Abrantès. Hay quien como la condesa de Gasparin se recrea con intención en la descripción macabra: “En esta misma plaza en que nos encontramos, la carne humana, infectada con el veneno de las ideas nuevas, humeaba y se retorció en el fuego de la hoguera”.

Curiosamente, la tauromaquia —otro pilar fundamental y ‘diferente’ del viaje español— apenas aparece en estos relatos salvo alguna alusión de *lady* Elisabeth Herbert en Salamanca o de la ciclista Fanny Bullock, que se aloja en Burgos en el mismo hotel que la cuadrilla del torero Reverte donde observa con asombrados ojos a estos “carniceros profesionales” con “expresión de brutalidad en sus rostros”. Aunque quien ataca con mayor vehemencia a las corridas de toros es Marie Bashkirtseff que no duda es describirlas como “infamia sangrienta”, “abominable carnicería de rocines y de toros” y “juego cruel”.

Estas extranjeras que recorren con deleite y curiosidad las hermosas catedrales castellanas también se asombran ante las particulares características del culto católico que describen sorprendidas por las costumbres del besapiés, de los penitentes de los cortejos procesionales —la Semana Santa es descrita como un Carnaval—, así como la “extravagante profusión de dorados y la multitud de figuras en los ornamentos, fantásticas y a veces aterradoras” en los altares de Valladolid, según *lady* Holland. Pero, sobre todo, destacan sus comentarios sobre la indumentaria de los Cristos castellanos, como hace Joséphine de Brinckmann en Valladolid ante el Cristo del Refugio, que aparece “vestido con una falda de seda verde adornada con dos volantes de encaje blanco”. La viajera francesa comenta que no había visto nada “más ridículo”, mientras añade con malicia que parece un “Cristo con traje de baile o de parisiense”.

A lo largo de estas narraciones de viaje encontramos una percepción que va variando conforme avanza el siglo y aparece el desencanto postromántico. Desde luego, no es igual la sensación de descubrimiento que tienen las páginas escritas a principios del XIX por la duquesa de Abrantès —quien afirma que su descripción de la catedral de Burgos es la más detallada realizada hasta el momento— que la que hace Joséphine de Brinckmann cuando intenta evitar caminos trillados, ya que el viaje a España era a esas alturas —1849— una auténtica fiebre.

En muchas de estas viajeras reconocemos la mediatización que sufre el viajero por culpa de la moda del viaje español. Es la misma tendencia

a la ficcionalización que descubrimos en el *Voyage en Espagne* de Gautier cuando reconoce que espera encontrar la España de sus sueños, la España que conocía por haberla leído: “La España del *Romancero*, de las baladas de Victor Hugo, de las novelas cortas de Mérimée y de los cuentos de Alfred de Musset”.

La viajera Mathilda Betham-Edwards en 1868 llega con un aparatoso equipaje de medio centenar de libros sobre España, desde la *Guía Ford*, la *Arquitectura Gótica* de Street —contempla la catedral de Burgos con el ejemplar en la mano— hasta el *Quijote*. Por supuesto, tampoco renuncia a comprar recuerdos y cosas.

Precisamente, la fiebre del souvenir asola ya esta España congelada en el tiempo. Lo demuestra *lady* Tenison cuando asegura que es mejor que el cofre del Cid esté en alto: “Fuera del alcance de los viajeros amantes de suvenires, que podrían desear arrancar un pequeño trozo como recuerdo de este antiguo caudillo castellano”. Sin embargo, a pesar de la proliferación de viajeros extranjeros por estos parajes, seguía siendo insólita la presencia de mujeres que recorrían España solas. Brinckmann asegura que la consideran una rara por ser forastera y Frances Elliot añade una anécdota terrible cuando una niña mendiga y lisiada le dice: “Usted lleva un libro, señorita; aquellos que llevan libros son forasteros, dan limosna”.

Qué pena de imagen y retrato de España es el que a veces se desprende de estas crónicas. Lo recuerda el pasaje en el que *lady* Tenison visita los archivos históricos de Simancas y un oficial que los acompañaba declara “que no había nada que ver, que todos aquellos legajos no contenían nada” mientras que en el suelo “había desparrramadas treinta toneladas de documentos, todos relacionados con la Inquisición”. “España es un país en el que los restos de los muertos son menos respetados que en cualquier otro”, añade.

De todas formas, estos viajes españoles también sirvieron para desterrar los tópicos que se habían ido afianzando con las anécdotas —no siempre generalizables— de los viajeros que refundían en sus libros una y otra vez los viejos clichés. La pintora Margaret Thomas se refería así a los prejuicios sobre los españoles: “A pesar de lo que me han contado, me ha sorprendido gratamente la amabilidad, la educación... Tampoco tienen la piel y el pelo tan oscuro como nos hacen creer. A mi entender, tendemos a formarnos una idea preconcebida de los españoles a partir de las óperas”.

Y ¿cómo es la Castilla que retratan en sus libros? Lo que más resaltan estas viajeras es ese contraste entre el riquísimo pasado y el presente de ciudades abandonadas por la Historia. Muchas de ellas pronuncian con emoción los nombres de lugares y de personajes que han leído en tantas crónicas históricas. En este sentido, pocos lugares con más fuerza que Castilla para evocar, sobre todo, la Historia española. Lo recuerda Claude Vignon al decir que la catedral de Burgos “cuenta tan bien la Historia de España”.

Sin embargo, frente al retrato excepcional de los monumentos la mirada de estas viajeras se detiene con frecuencia en el pobre aspecto de las calles y plazas. Precisamente, Caroline Elizabeth Wilde Cushing describe las calles de Burgos como “extremadamente estrechas y tortuosas” propias de una ciudad que “tiene un toque triste y desolado”. Y la remilgada norteamericana Ellen Twisleton Vaughan afirma que nunca ha estado “en un sitio tan polvoriento, sucio e incómodo como Burgos”. Sí, quedan fascinadas y sorprendidas por la catedral pero decepcionadas por el paisaje urbano.

Lo mismo ocurre con Ávila, Palencia —menos descrita al igual que León por encontrarse fuera de la ruta de Bayona a Madrid—, Segovia o Salamanca donde Ellen Twisleton Vaughan asegura que “la que antaño fuera cuna del saber y la civilización es ahora uno de los lugares de aspecto más empobrecido de los que hemos visitado en España”.

Quizás sean Burgos y Valladolid las ciudades más transitadas en estos itinerarios. En el caso de Valladolid, hay opiniones variadas. Unas, como *lady* Holland resaltan “la desagradable suciedad de sus calles y las malas condiciones de su empedrado”, otras comentan la particular rehabilitación de los edificios y el concepto urbano moderno como ocurre con *lady* Elisabeth Herbert: “Ahora está siendo reconstruido de forma drástica y vulgar, con bulevares igual que una ciudad francesa de tercera”. Sin embargo, *lady* Tenison la considera una “ciudad imponente y grande comparada con la decadente ciudad de Burgos”. Lo que casi con unanimidad es considerado terrible es el Museo. Claudia Hamilton Ramsay afirma que allí están “las peores pinturas que jamás he visto” y Brinckmann asegura que estaban en confusión “las obras maestras y los adefesios”. Ésta última se detiene en una hilarante y sorprendente descripción de las calles vallisoletanas. “Se creería que todas las mujeres se arreglan [en las calles] pues es imposible dar un paso sin poner el pie sobre una alfombra de cabellos. (...) Se podrían hacer pelucas para todas las cabezas calvas de París y de Normandía y no es poco decir”.

Desde luego, el retrato castellano que queda después de leer estos jugosos cuadernos de viaje guarda bien la imagen de la España decimonónica, un país complejo, asolado por las convulsiones políticas, olvidado por la Historia. Pero también esta Castilla muestra el reflejo de una España que comenzaba a modernizarse y a auparse al tren del progreso, un lugar que se incorporaba poco a poco al mapa de Europa. *Viajeras extranjeras en Castilla la Vieja y León* añade así un capítulo importante de ese fascinante libro colectivo que los forasteros escribieron sobre un lugar indómito, singular, diferente e incorpora la mirada curiosa de aquellas damas que se atrevieron a adentrarse en el territorio más legendario de España.

Sevilla, otoño de 2008

---

---

## Nota de edición

A MME. ODETTE J. BERTHET

Yo no quiero gozar; quiero esperar, quiero saber.  
Necesito ilusiones sin límites, que se alejen para engañarme de continuo.  
¿Qué me importa lo que puede tener un fin?  
A veces me he sorprendido recordando los años pasados;  
he vuelto a encontrar en la raza las bellezas  
del placer y su celeste elocuencia. ¡Feliz! ¿Yo?

*Obermann*

E. P. DE SENANCOURT

Leer es viajar, viajar es leer.  
*Cosas vistas*  
V. HUGO

Viaja más quien viaja solo.  
*Los vencedores*  
R. KIPLING

Historiadores y eruditos han desconfiado ordinariamente de los viajeros y sus relatos, por fantásticos las más de la veces, pero también otras por imprecisos e inconvenientes. Durante el siglo XIX, aquellos viajeros comienzan a viajar con un cierto orden y frecuencia, manejan guías y mapas de mayor precisión, echan pie a tierra, conocen las fuentes y no escriben de oídas exclusivamente.

De la fantasía y la realidad barajadas por la condesa d'Aulnoy y su viaje a España a finales del siglo XVII hasta las primeras viajeras *acreditadas*, el cuerpo de este volumen salta de la discontinuidad y las dudas hasta el interminable —y no por estúpido, como lo calificó Daudet— pero seguro siglo Diecinueve.

Nobles damas extranjeras acudían a la corte y se admiraban del Sur, pero, aunque atravesaban la meseta, apenas les decía nada ni contaban nada. *Lady Fanshawe*, esposa del embajador inglés de Carlos II ante la corte española, olvida las tierras castellanas en sus memorias, excepción hecha del omnipresente El Escorial (jornadas de 1665, publicadas en Londres en 1829). Tampoco tiempo después *lady Chatterton*, que en su viaje a España pasará por Castilla, nos ilumina (edición de 1843). Madame de la Trémoille, princesa de los Ursinos, en su diario y

correspondencia de 1706, más político que geográfico, padeció el verano castellano, con un calor que, así aseguraba, no se conocía en Francia. Desde la litera del coche, su único mueble, que le hacía llegado el caso de cama, asiento y mesa, exclama telegráficamente que Castilla es el más pobre de los reinos de España. Las memorias de *madame* de Rémusat (1802-1808, versión española de 1906) mantienen el mismo mutismo. En resumen, la obra tomaba el signo del siglo XIX, aquel que algunos autores han llamado con alegría y llaman el de los primeros turistas, cuando los viajeros —y las viajeras, aquí sí— se detienen y aprecian por primera vez Castilla la Vieja y León.

En un principio apenas había referencias de viajeras extranjeras, ni de tránsito ni con estancia, pero el sumario creció cuando salimos de las bibliotecas españolas. Nuestra edición, con intenciones de exhaustividad, recupera veintidós relatos emboscados (la mayoría de ellos permanecían aún sin traducir). Han quedado fuera aquellas damas sin identificar plenamente: simples iniciales o sugerentes nombres femeninos, como el de la extraña *madame* de Suberwick (sin biografía), no han sido añadidos. En el caso de *madame* de Suberwick, traducidos incluso los capítulos encargados correspondientes de la obra *L'Espagne pittoresque*, fue apartada a tiempo al comprobarse que se trataba de un seudónimo (no faltan quienes lo atribuyen a Edgar Quinet u otro francés coetáneo), tal vez un heterónimo del coautor —único autor en ese caso— Manuel de Cuendías, periodista ocurrente y con recursos literarios. (Es un extremo para abordar fuera de esta escueta nota de edición.) También ha quedado fuera “la vraie *madame* Sans-Gène”, la soldado dragón francés que fugazmente cruza Burgos durante las campañas napoleónicas.

Al igual que aquellas primeras damas del barroco tardío y el XVIII, hubo también viajeras de carácter y personalidad que sólo tuvieron palabras para las luces de la capital y los soles de Andalucía, que se descartaron solas, muy lamentablemente, como la explosiva condesa de Ratazzi y Sarah Bernhardt, por ejemplo, que no alcanzaron en sus giras y viajes a dejarnos unos apuntes de Castilla y León. Con todo, el repertorio aquí traído es muy jugoso: una reunión inesperada.

Viajeras, curiosas y observadoras; mordaces, quisquillosas e ingeniosas; adelantadas a su época sin dejar de ser convencionales algunas de ellas, pero invisibles o perdidas hasta ahora para el lector en español (no pocas también para sus compatriotas).

Solteras, casadas, algunas embarazadas, o con hijos, divorciadas, sin acompañamiento o un tropel, viajan en cualquier medio de transporte (mulas, bicis, en diligencia o a pie y en ferrocarril) y recorren de punta a cabo Castilla la Vieja y León.

Todas son, en efecto, extranjeras (europeas y norteamericanas, sólo Isabel Pesado tiene el español por lengua materna siendo mexicana), católicas, calvinistas firmes, protestantes o convertidas al catolicismo, dadas al misticismo unas y escépticas otras, mujeres de recursos, ricas herederas, acomodadas burguesas, aristócratas, periodistas y escritoras, muchas de ellas con

aficiones notables por la pintura y la escultura, tanto como por la naciente fotografía. En íntimos diarios, correspondencia particular, relatos, con pretensiones literarias en ocasiones, y reportajes, la inquietud volcada por cada una de estas exploradoras recuperadas nos devuelve una imagen desconocida de la región, agríndice, desenvuelta de tópicos, con justos elogios pero también con inesperados rechazos y crueles comentarios si se ponen a tiro sobre el carácter regional, la gastronomía, la moda, el arte, la arquitectura y los caminos.

∴

Una reedición exigía actualizar la puntuación y corregir gentilicios y topónimos (aparte de suprimir en estos casos los entrecuillados), pero manteniendo antropónimos y giros en el idioma original u otro que las autoras emplearan al redactar sus recuerdos o impresiones, e igualmente las frases entrecuilladas del original, conservando asimismo las notas a pie de página de los cuidadosos editores británicos y, por descontado, de las autoras. En ocasiones quisieron subrayar sus conocimientos lingüísticos escribiendo en español términos como *reja*, *mayoral* u otros, detalle que se *reconoce* en esta reedición pero unificando los criterios de todas ellas pasándolos a cursiva. Permanecen sólo en su versión originaria las diversas medidas de longitud empleadas (toesas, pies, varas, etcétera) porque complicaba el necesario tratamiento editorial.

Las traducciones incorporan algunas breves notas aclaratorias, cronológicas sobre todo, que van insertadas en el mismo texto entre corchetes, como advertirá el lector. Los inicios de capítulo se han unificado integrando las fechas en el texto cuando aparecían destacadas en sus versiones originales y arrancando con una cita en el idioma de cada viajera extraída del mismo relato seleccionado (un leve guiño de complicidad y pararrayos, si se quiere, del imprescindible ejercicio de traducción). Todos y cada uno de los capítulos incluyen una *miniatura biográfica* de la viajera en cuestión, en una columna dentro de su propio texto, que informe sin distraer, y pegado a ella un retrato suyo cuando ha habido ocasión, no siempre por ilocalizable o por gestión insuperable a veces, y, en fin, un mapa itinerario aproximado del recorrido cuando éste era largo, de apoyo a la lectura. El lector más exigente encontrará también, en cabeza y fuera de texto, una reseña bibliográfica básica, y estará informado paso a paso de si las ilustraciones de cada capítulo son las que acompañaron los relatos originariamente o un trabajo de documentación posterior de esta edición.